

Sarmiento en campaña presidencial: *El Chacho, último caudillo de la montonera de Los Llanos. Episodio de 1863* (la escritura del crimen argumentado)

Lucila Pagliai

En Homenaje a Ana María Barrenechea, *Cuadernos LIRICO*. Revista de la Red interuniversitaria de Estudios sobre las literaturas rioplatenses contemporáneas en Francia, N° 9, segundo semestre de 2013.

[http// lirico.revues.org](http://lirico.revues.org)

Años después del asesinato de Ángel Vicente Peñaloza y ya alejado del Gobierno de San Juan, Sarmiento comienza a escribir *El Chacho, último caudillo de la montonera de los llanos. Episodio de 1863*; lo hace mientras reside en Estados Unidos como representante del presidente Mitre ante el Gobierno de la Unión, y lo publica por primera vez en el mismo volumen de la tercera edición del *Facundo* que aparece en Nueva York en 1868. También en 1868 y en Nueva York, aparece la primera traducción al inglés del *Facundo* que realiza Mary Mann, esposa del célebre educador norteamericano Horace Mann, ambos grandes amigos de Sarmiento.

En 1845, pocos meses antes de que emprendiera la escritura del *Facundo* en folletín por entregas, Sarmiento había venido publicando –también en *El Progreso* de Santiago de Chile– la *Vida del Fraile Aldao*, que acabaría por resultar una suerte de ensayo preparatorio de la propuesta de escritura política que inmediatamente después desplegaría en el *Facundo*. Aunque la génesis y la modalidad escrituraria de *El Chacho, último caudillo de la montonera de los llanos* debe buscarse en otros cauces, el título, la recepción a la que apunta y la modalidad de su reproducción dan cuenta de su pertenencia a la misma urdimbre que el *Facundo*. Con estos tres escritos producidos en un arco de 20 años, Sarmiento instituye lo que él mismo denomina la “trilogía de los caudillos”.

Facundo es sin duda el libro insignia de Sarmiento, su personaje emblemático, su carta de presentación más convincente y afinada. En la política del texto que se traza Sarmiento para la trilogía, las figuras del Fraile Aldao y del Chacho Peñaloza funcionan como articulaciones anteriores y posteriores de Quiroga, y así lo muestra Sarmiento al elegir su espacio de difusión editorial: tanto a *Aldao* como a *El Chacho* sólo los da a conocer en el formato libro integrando diversas ediciones del *Facundo* –y así se leen en vida de Sarmiento–, casi con el valor de un apéndice explicativo ejemplar, que irradia y machaca sobre las ideas fuerza del *Facundo*.

Aldao, Quiroga y Peñaloza son caudillos andinos que ya han muerto cuando Sarmiento emprende la escritura de esos textos. Teniendo en cuenta las apetencias políticas de Sarmiento y la función excluyente de su escritura como instrumento de acción y promoción en ese campo, el dato no es menor: aunque hasta Caseros la gran presa había sido Rosas, Buenos Aires y el Litoral estaban lejos, sus poderosos caudillos hegemónicos tallaban con fuerza en el concierto nacional, y el cuyano Sarmiento (“provinciano en Buenos Aires, porteño en el interior”) optó siempre por definir un espacio de escritura *controlable*, armando el tejido textual con los hilos que mejor conocía.

Para entender la escritura de *El Chacho* y la modalidad de su producción, voy a referirme someramente a las variaciones que Sarmiento realiza en las diversas ediciones del *Facundo*, ya que, según consta en una carta que dirige a Mitre en junio de 1866, había comenzado a escribir “una sucinta biografía del *Chacho*” con el propósito manifiesto de incluirla en la nueva edición de la biografía de Quiroga que ya pensaba reimprimir.¹

Sarmiento publica a lo largo de su vida cuatro ediciones del *Facundo*: la primera en 1845, la segunda en 1851, la tercera en 1868 –en la que me voy a centrar aquí– y la cuarta y última en 1874. Cada una de ellas y también el arco de su recorrido, reflejan en la escritura las tensiones de la época, y encierran en su entramado textual las pulsiones interiores que las llevan a su producción, dando cuenta del conflicto entre subjetividad y plan de escritura, entre acatamiento y subversión al programa que se lee en la superficie del texto.²

En 1851, en Santiago de Chile como la primera de 1845, Sarmiento publica la segunda edición del *Facundo* con incorporaciones y supresiones textuales y paratextuales de envergadura. En el aspecto que me interesa destacar aquí, en esta segunda edición Sarmiento produce un giro en el formato editorial que permite encontrar las huellas del proceso de construcción de la futura trilogía: con el título reformulado *El Jeneral D. Frai Félix de Aldao. Apuntes biográficos* incorpora en el volumen del *Facundo* el texto del folletín (cuya publicación en 1845 en *El Progreso* había precedido al de *Civilización y barbarie*), generando un espacio de lectura ampliado sobre la violencia de los caudillos federales. En esa misma línea, Sarmiento incorpora en esta segunda edición un “Apéndice” con las Proclamas de Quiroga destinado a deconstruir la modalidad discursiva que textualiza el pensamiento caótico de la *barbarie*, contrastándolo –sin necesidad de explicitarlo– con el discurso de la *civilización*. En *El Chacho*, Sarmiento retoma este recurso contrastivo entre el lenguaje del *caudillaje rural* y el lenguaje de la *ciudad letrada*, abundando en señalamientos que descalifican las cualidades de Peñalosa como eventual estrategia político-militar de una sublevación que expresa el descontento de vastos sectores populares subalternos.

La tercera edición del *Facundo* se publica en Nueva York en circunstancias excepcionales: en 1868, Sarmiento está recorriendo el último tramo de su candidatura presidencial con grandes posibilidades de triunfar. Comparada esta 3ª edición con las de 1845 y 1851, las reformulaciones y reescrituras producidas en el nivel textual y paratextual remiten mayoritariamente a decisiones operativas tomadas para posicionarlo mejor, tanto en la Argentina como en los Estados Unidos.

Atento a la coyuntura de 1868, Sarmiento, ya con el libro en prensa, reformula el título para sustituir la larga descripción localista de 1845 y 1851 (*Aspecto físico, costumbres i ábitos de la República Argentina*) por una acotada de mayor impacto editorial: el resultado es *Facundo o civilización y barbarie en las pampas argentinas*, una invitación a la lectura que no tiene al público argentino como único destinatario sino que aspira a despertar la imaginación de otros lectores, especialmente los de los países centrales, atraídos por el exotismo de geografías y culturas diferentes a las que busca conocer para compararse, afirmando las virtudes propias civilizadas y corroborando los defectos de lo ajeno bárbaro.

¹ Cfr. Domingo F. Sarmiento a Bartolomé Mitre, “Lago Oscawana, New York, 28 de junio de 1866”, en: *Correspondencia entre Sarmiento y Mitre (1846 -1868)*, Buenos Aires, Museo Mitre, 1911; hay edición digital: <http://www.proyectosarmiento.com.ar/proyecto.htm>

² Para un desarrollo pormenorizado de esta cuestión, ver Lucila Pagliai, “*Facundo*: la historia del libro en vida de Sarmiento”, en *Sarmiento* (volumen dirigido por Adriana Amante), vol. IV de *Historia crítica de la Literatura argentina* (dirigida por Noé Jitrik), Buenos Aires, Emecé, 2012. Algunos tramos de esta ponencia siguen de cerca ese trabajo.

Con respecto a la anterior de 1851, esta tercera edición presenta en la superficie del texto otras incorporaciones y supresiones significativas. Sarmiento mantiene las “Proclamas” de Quiroga, e incorpora el “Prefacio de la traducción inglesa por Mrs. Horace Mann” que –como señalará más tarde Alberdi– juega con la ambigüedad del nombre *a la inglesa* de la autora que cualquier lector hispanohablante confunde con el de su marido, el prestigioso educador. Este “Prefacio” de Mary Mann –fervorosa partidaria de “Sarmiento Presidente”– es un texto pensado para el público norteamericano que la autora construye con un discurso ideologizado sobre la historia argentina, en el que se destaca hasta la exageración la importancia de los escritos de Sarmiento en la lucha por cambiar la realidad política del país.

Conviene recordar el escenario en que Sarmiento prepara en Nueva York esta 3ª edición del *Facundo*. La Guerra de Secesión recientemente concluida había puesto en escena de manera brutal la tensión entre la vida rural sureña patriarcal de economía esclavista y el progreso urbano de raíz capitalista liderado por el Norte; la gran marcha hacia el Oeste *despoblado* –avalada por el gobierno de la Unión– se expandía con migrantes blancos angloeuropeos que avanzaban con sus asentamientos sobre territorios indígenas usurpados. En ese marco, las pampas y sus bandidos, la lucha de las ciudades civilizadoras contra la barbarie pastora que describía esta tercera edición del *Facundo* – y la oportuna traducción de Mary Mann– eran una buena carta de presentación para buscar apoyos de diverso tipo: si Sarmiento triunfaba –todavía está en carrera– sería el Presidente de un país periférico fuertemente endeudado, necesitado de infraestructura y promoción social, embarcado desde 1865 en la devastadora e interminable Guerra del Paraguay, y con graves conflictos internos entre el gobierno nacional y las provincias federales.

Como ya adelanté, en 1866 (tres años después del hecho) Sarmiento toma la decisión de comenzar a escribir en Estados Unidos *El Chacho, último caudillo de la montonera de los llanos. Episodio de 1863*, con el objetivo declarado de publicarlo en el mismo volumen que el *Facundo*.³ Esta puesta en diálogo del *Facundo* con *El Chacho* en el mismo espacio de lectura se explica desde el título: Peñaloza es un vástago del linaje de Quiroga, condición que Sarmiento retoma en el párrafo final como razón de la escritura:

Hemos por esto dado grande importancia al drama al parecer humilde que terminó en Olta en 1863. Era como las goteras del tejado, despues que la lluvia cesa, la última manifestación del fermento que introdujeron Artigas a la márjen de los ríos, Quiroga a las faldas de los Andes. El uno desmembró el Virreinato, el otro inutilizó el esfuerzo de Itusaingo, con treinta años de convulsiones internas. Civilización i barbarie era a mas de un libro un antagonismo social. El ferrocarril llegará en tiempo a Córdoba para estorbar que vuelva a reproducirse la lucha del desierto, ya que la Pampa está surcada de rieles. [...] i estas biografías de los caudillos de la montonera, figurarán en nuestra historia como los megateriums i cliptodones que Bravard desenterró del terreno pampeano. Monstruos inesplicables, pero reales. (p. 75)⁴

Es importante señalar una peculiaridad que tiñe el proceso de producción de *El Chacho*: el enfrentamiento que Sarmiento textualiza en este escrito no es entre la barbarie del interior y la civilización del puerto de ultramar sino que Sarmiento, en tanto

³ Las citas que siguen de *El Chacho...* corresponden a la edición digital *Proyecto Sarmiento*, 2007: <http://www.proyectosarmiento.com.ar/proyecto.htm>

⁴ Sarmiento recurre a esta imagen de los megaterios con producciones de sentido diferentes. Por ejemplo en *Viajes en Europa, África y América* (Santiago, 1851), el valor es positivo: “[el cuerpo social norteamericano es] como un animal nuevo producido por la creación política, extraño como aquellos megaterios cuyos huesos se presentan aun sobre la superficie de la tierra.” Cfr. *Viajes en Europa, África y América*, edición digital *Proyecto Sarmiento*, *op.cit*

gobernador de una provincia lejana, *es aquí el interior* desatendido por Buenos Aires; y Peñaloza, enfrentado con los nuevos gobiernos de las provincias andinas *se reconoce y es reconocido* por el gobierno nacional como general de la Nación. De ahí que Sarmiento, para asumir la justeza de su disputa *a todo o nada* que está librando con el Chacho, recurra permanentemente en su argumentación al desprestigio irónico de las directivas “legalistas” desconocedoras del terreno y los actores, que recibe desde Córdoba del Jefe del ejército nacional que responde a Buenos Aires.

Frente al carácter extemporáneo de este texto provocativo y desafiante cabe preguntarse qué lleva a Sarmiento a publicar en 1868 la historia de Vicente Peñaloza, un general de la Nación asesinado cinco años antes, vencido, prisionero y desarmado, mientras el Coronel Sarmiento –así se nombra a sí mismo reiteradamente en el escrito– combatía la montonera desde el gobierno de San Juan. Aunque Sarmiento no había sido el mentor *real* del crimen ni el mayor Irrazábal era su subordinado, sus encendidos avales posteriores y su afán por instituirse en el ideólogo del aniquilamiento de la montonera *a cualquier precio*, lo colocaban en un terreno minado que ahora, con la mira puesta en su eventual Presidencia de la República, le convenía desarmar: consumado el asesinato de Peñaloza, esa modalidad brutal de la derrota que él había propiciado y exaltado le habían generado no sólo fuertes críticas públicas del arco opositor, sino también reconvenciones privadas del gobierno nacional, empeñado –a diez años de la sanción de la Constitución Nacional y a poco más de uno de la batalla de Pavón– en imponer un imaginario de respeto (al menos en lo formal) por la nueva “cultura de las leyes”.⁵

En ese marco, la aparición de *El Chacho* en el mismo espacio de lectura que el *Facundo* puede leerse como otro acto de campaña que la *maquinaria Sarmiento* pone en escena con diversos objetivos pragmáticos: justificar con esta *escritura del crimen argumentado* las críticas a su gestión al frente del Ejecutivo provincial, del que había salido mal parado; mostrarse capaz de conducir y concluir con éxito una guerra político-militar compleja, frente a los desafíos que la Guerra del Paraguay le impondría al nuevo Presidente. Por último, en un país de grandes electores, sin familia poderosa ni fortuna ni partido propio y con dos contrincantes de peso como Adolfo Alsina y Rufino de Elizalde al que prohijaba Mitre, a Sarmiento le convenía saldar en la opinión pública argentina la situación ignominiosa de ese asesinato vejatorio, muestra flagrante de violación de las garantías constitucionales, que el nuevo orden republicano pretendía mostrar como marca distintiva. También importaba la opinión pública norteamericana, y para ello, *El Chacho* abunda en referencias comparadas a categorías legales que regían en el orden social de ese país.

En cuanto a la prensa Argentina, desde hacía unos años había aparecido una nueva generación de periodistas de peso que *desde el otro lado* movilizaban al público con sus escritos de combate. En 1863, al día siguiente del asesinato de Peñaloza, José Hernández había iniciado en su diario *El Argentino* de Paraná la publicación de *Vida*

⁵ Dice en carta privada el Presidente Mitre a su amigo Sarmiento : “Por lo que respecta a sus apreciaciones sobre la muerte del Chacho, bajo las circunstancias en que tuvo lugar, aun cuando comprendo la exactitud de sus vistas, y todo el bien que ella ha de traer para la conservación del orden y la paz, puesto que esas masas tan poco civilizadas de La Rioja han visto con sus propios ojos postrado y muerto a su caudillo, sin embargo no he podido prestar mi aprobación a tal hecho, nuestro partido ha hecho siempre ostentación de su amor y respeto a las leyes y a las formas que ellas prescriben, y no hay a mi juicio un solo caso en que nos sea permitido faltar a ellas, sin claudicar de nuestros principios. Pero habiendo entrado éste en la categoría de los hechos consumados, y salvada como ha quedado la responsabilidad moral del gobierno, no hay más remedio que recoger las ventajas que él nos ofrece para la completa pacificación de La Rioja, y para la tranquilidad de las provincias colindantes, que pueden entregarse ya libres de toda zozobra a su adelanto y prosperidad.” Cfr. Bartolomé Mitre a Domingo Faustino Sarmiento, Buenos Aires, 23 de diciembre de 1863, en *Correspondencia entre Sarmiento y Mitre (1846-1868)*, *op. cit.*

de “*El Chacho*”, un escrito acusatorio de producción repentista, con operaciones retóricas de alto impacto que resuenan con algunos tramos del *Facundo* de 1845:

Los salvajes unitarios están de fiesta. [...] El general Peñaloza ha sido degollado. [...] Y su cabeza ha sido conducida como prueba de buen desempeño del asesino, al bárbaro Sarmiento. El partido que invoca la ilustración, la decencia, el progreso, acaba con sus enemigos cosiendo a puñaladas.

En el marco de esa combinatoria de objetivos a lograr, Sarmiento, apelando en la política del texto que guía su relato de la vida y muerte del Chacho Peñaloza a la lógica agónica de que no hay mejor defensa que un buen ataque, suprime toda argumentación que apele a la ignorancia, la duda o el arrepentimiento y asume en la escritura su responsabilidad personal en el asesinato, ofreciendo justificaciones documentadas de una decisión presentada como indispensable:

[...] nadie vio descender ni aproximarse a los primeros cincuenta hombres, cuya presencia sorprendió a todos i al Chacho que descansaba tranquilo, acaso rumiando nuevos planes. Llegado el Mayor Irrazábal, mandó ejecutarlo en el acto i clavar su cabeza en un poste, como es de forma en la ejecución de salteadores, puesto en medio de la plaza de Olta, donde quedó por ocho días. [...]

Este es un asunto mui grave i merece examinarse. Las instrucciones del Ministro de la Guerra al Gobernador de San Juan [Sarmiento] le encomendaban *castigar a los salteadores*, i los jefes de fuerzas no castigan sino por medios ejecutivos que la lei ha provisto; i cuando son *salteadores* los castigados, los ahorcan si los encuentran en el teatro de sus fechorías. La palabra *outlaw*, fuera de la lei, con que el ingles llama al bandido, contiene todo el procedimiento. Las ordenanzas lo tienen, autorizando a los comandantes de milicia a ejecutar a los salteadores. Ciertas palabras tienen valor legal. (*op. cit.*, p.65 -67)

Si bien ya en las primeras páginas del escrito había quedado claro que el objetivo central era ése, desprestigiar a Peñaloza, negarle su condición de jefe revolucionario y desconocerlo como general de la Nación para categorizarlo como *salteador* y así justificar el crimen como modalidad legal, no por eso Sarmiento elude la imagen de humanidad del Chacho. Al hablar de todos ellos durante el exilio rosista en Chile, Sarmiento dice:

[Huyendo a través de la cordillera derrotados por las fuerzas federales] “Entre aquellos prófugos se encontraba el Chacho, jefe desde entónces de los *montoneros* que antes habia acaudillado Quiroga, i ahora seducido su jefe por el heroismo desgraciado del Jeneral Lavalle, habiase replegado a las fuerzas de Madrid [...]. Llamaba la atención de todos en Chile la importancia que sus compañeros jeneralmente cultos daban a este paisano semibárbaro, con su acento riojano tan golpeado, con su chiripá i atavíos de gauchó. Recibió como los demás la jenerosa hospitalidad que les esperaba, i entónces fué cuando preguntado cómo le iba, por alguien que lo salutaba, contestó aquella frase que tanto decia, sin que parezca decir nada: ¡Cómo me a de dir amigo! ¡En Chile! ¡i a pie !! Este era el Chacho en 1842, i ese era el Chacho en 1863, en que terminó su vida. (*op. cit.*, p.7)

Es así como, al textualizar hechos y argumentos, Sarmiento produce una escritura *honest*a, no escamoteadora en la exhibición de sus arbitrariedades, que refleja las tensiones interiores de su producción. Los ejemplos abundan hasta constituirse casi en una modalidad. Al mismo tiempo que con clara intención de desprestigiar pinta al Chacho como un hombre humilde, de costumbres gauchas, ajeno a los oropeles, iletrado, de pensamiento corto y lenguaje precario, incorpora en el relato episodios que dan cuenta de su sorprendente carisma y autoridad moral como jefe de multitudes populares. Aquí, lo mismo que en *Facundo*, Sarmiento no oculta su respeto y su admiración por el coraje, tomados como *calidad* del caudillo y de la lucha gaucha de la montonera (condiciones que también elogia en oficiales de la fuerza propia de ese mismo origen). En ese sentido, el largo relato pormenorizado del episodio del Chacho con su segundo, Ontivero, que le disputa el poder, es revelador:

En el campo enemigo había ocurrido esos días una escena que por singular i característica merece recordarse. Debía tener el Chacho mas de sesenta i seis años a la sazón. Su asombrosa facultad de burlar al enemigo, trasladándose a distancias inconcebibles i nunca presentidas, no ocultaba a sus secuaces, su constante mala suerte en los encuentros con quien lograba salirle al paso. [...] En el campo del viejo Néstor había también jóvenes Aquiles que fascinaban a la turba con su valor i enerjía. [...]

Las murmuraciones que exitaban tan largos padecimientos i tantas fatigas, iban creando una oposición en el seno de la montonera; i cuando Ontivero creyó llegado el momento, se presentó osadamente con un revolver en el rancho en que estaba el Chacho, a echarle en cara su incapacidad de dirigir operaciones, su política tímida i la necesidad de un cambio, o de lo contrario no seguirían mas a sus órdenes. El Chacho, sin perder su serenidad, no se dejó intimidar un momento, i a su vez enrostró a Ontivero sus *barbaridades*, las contribuciones que había arrancado a vecinos pacíficos de los Llanos, i las maldades i violencias, que los deshonraban a todos. La contienda se fué encendiendo, pues este era el punto principal del litigio. [...]

Pero el Chacho se sentía atacado en su autoridad de patriarca autócrata, i por la primera vez sometidos a discusión sus actos: i viéndose apostrofado i desconocida aquella, enderezó siempre hablando, hacia donde estaba su caballo, i echándose encima con el desgarbo que es de buen tono entre los gauchos, dijo: “a lo que estoi viendo yo estoi por demas aquí i no quiero ser estorbo para otros mejores que yo;” con lo que animó su caballo por la senda que por delante tenia, i siguió sin ostentación i sin prisa hacia su casa. ¡Muchas veces se ha repetido esta escena en la historia! San Martín en Lima !!!

La muchedumbre atraída por las voces, viendo a su antiguo jefe alejarse, movida por sus razones, i por escena tan torpe, fué requiriendo los caballos, i uno en pos de otro, siguiéndolo por la estrecha senda a paso lento. El movimiento se comunicó a todo el campo: la infantería pidió seguirlo; i Ontivero se encontró al fin solo, con unos cuantos pícaros de su parcialidad. La autoridad estaba restablecida, i el Chacho vuelto a su acostumbrada tranquilidad de ánimo. Al día siguiente Ontivero se presentó al Chacho i en sentidas palabras le mostró su arrepentimiento, con lo que la concordia se restableció entre los capitanes, i solo se trató ya de salir de tan prolongada inacción. (*op. cit.*, pp. 59-60)

Esa misma opción textual de no eludir la tensión entre materiales discursivos que confrontan entre sí, es notoria en la suerte de *topos de la descalificación* que Sarmiento construye a lo largo del relato, apoyado en la aseveración machacante de que el Chacho y su seguidores no tienen otra causa ni proyecto que el desorden y el saqueo; aseveración que el mismo Sarmiento confronta, al inscribir en el texto diversas cartas del general Peñaloza cuya lectura desmiente o relativiza, *per se*, esa descalificación taxativa. Se trata de cartas –algunas dirigidas a Sarmiento, otras a terceros– en las que Peñaloza invoca tratados anteriores, define las causas de su política actual y busca formalizar acuerdos para concluir la guerra, que Sarmiento desestima con argumentos de corte sofisticado que corren el foco del problema. En la carta fechada “Guaja, marzo 26 de 1863” que dirige a su antiguo camarada el Coronel Iseas, el Chacho, por ejemplo, dice:

Amigo: despues de los terribles acontecimientos que nuestras disensiones políticas nos hicieron sufrir, ha venido a renovarse la época del pasado, a consecuencia de la opresión en que han puesto a los pueblos los malos hijos de la patria. Nunca pude imaginarme que los que nos prometían la fusión se convirtiesen en dictadores, despertando personalidades i tiranizando a sus mismos hermanos; desterrando al extranjero i confiscando bienes, hasta dejar las familias a la mendicidad. Estos terribles procedimientos han dado el resultado que ya lo palpará V. Todos los pueblos se pronuncian clamando por la reacción, todos piden que se les devuelva sus libertades que han sido usurpadas por un puñado de hombres díscolos que no tienen mas bandera que el absolutismo i conociendo por mi parte la justicia que se reclama, no he trepidado apoyar tan sabios pensamientos. (*op. cit.*, p. 29)

Sarmiento arma el entramado textual de *El Chacho* con operaciones de enunciación de variado alcance: organiza la materia discursiva en doce apartados de factura diversa y desapareja; recurre al esquema romántico del hombre como producto de su medio que ya había utilizado en el *Facundo*; se coloca en el lugar de la enunciación de un cronista de los acontecimientos con pretensiones de objetividad; despliega los

hechos en modo zigzagueante con predominio de la retórica explicativa; e introduce en el discurso argumentativo, de manera aleatoria, recursos del relato ficcional.

El efecto pragmático dominante que logra en el lector esta escritura hecha de vaivenes es *el registro permanente de la contradicción*. En este último aspecto, el entramado textual deja entrever un soporte ideológico basal ante el que todo argumento de razonabilidad se rinde: “para los amigos todo, para los enemigos ni justicia”; un enunciado con carácter de arenga de combate que atraviesa nuestra historia de violencia desde distintas causas, justas o aberrantes, y que en este escrito de Sarmiento cumple la función de saldar, de modo tajante y arbitrario, contradicciones notorias de un despliegue retórico de la argumentación no siempre feliz.

El Chacho es, en síntesis, un texto a veces farragoso, con tramos donde campea la brillantez del Sarmiento ensayista político, agónico, polemista, del ideólogo apasionado y convincente, del narrador de situaciones atrapantes, del hábil pintor de tipos y paisajes, junto a otros tramos abarrotados de datos y referencias puntillosas que a veces acercan la escritura a la de un pseudo historiador, y vuelven tediosa la lectura. Pero, con esas virtudes y defectos, *El Chacho* es un texto actual de lectura indispensable.

Porque, ¿qué cuestiones nodales adelanta Sarmiento en ese escrito? ¿De qué habla en realidad *El Chacho, último caudillo de la montonera de los llanos*? Habla de la seguridad nacional, de la obediencia debida, de las leyes de la guerra ante enemigos no convencionales. Habla, en última instancia de la política, la violencia y la justicia, de las garantías constitucionales en tiempos turbulentos, de los límites frágiles entre legalidad y legitimidad según el lugar de la enunciación y el poder del que define el carácter de los hechos.⁶

Los apartados “Las cosas como son” y “La justicia del Estado” con que Sarmiento cierra *El Chacho* resultan, en ese sentido, ejemplares en tanto fuente literaria del mayor interés para entender las confrontaciones violentas que nos atraviesan como Nación; una fuente cuya riqueza reside en reflejar en la dinámica de su producción escrituraria dudas, contradicciones y tensiones interiores no resueltas del orden de la ética política, de las que Sarmiento se constituye en portavoz canónico.

⁶ “No sé lo que pensarán [en Buenos Aires, en el Gobierno Nacional] de la ejecución del Chacho. Yo inspirado por el sentimiento de los hombres pacíficos y honrados aquí he aplaudido la medida, precisamente por su forma. Sin cortarle la cabeza a aquel inveterado pícaro y ponerla a la expectación, las chusmas no se habrían aquietado en seis meses. Los ejércitos harán paz, pero la tranquilidad no se restablecería, porque a nadie se le puede inspirar confianza de que no principie la guerra cuando le plazca al Chacho invadir las provincias vecinas. Es su profesión, ejercida impunemente treinta años, hallando siempre en la razón de estado o en el interés de los partidos medios de burlarse de leyes y constituciones y aceptándolo como uno de los rasgos de la vida argentina y de nuestro modo de ser. Sea, pero seamos lógicos: cortarle la cabeza cuando se le da alcance, es otro rasgo argentino. El derecho no rige sino con los que lo respetan, los demás están fuera de la ley: y no tiene el idioma en vano estas locuciones.” Cfr. Domingo Faustino Sarmiento a Bartolomé Mitre, San Juan, 18 de noviembre de 1863, en *Correspondencia entre Sarmiento y Mitre, op. cit.*